

SERVICIOS ESPECIALES DE SALUD
HOSPITAL UNIVERSITARIO DE CALDAS

OSCAR JARAMILLO ROBLEDÓ¹

RECONOCIMIENTO COMO MAESTRO EN MEDICINA AL DOCTOR ANTONIO DUQUE QUINTERO

Palabras del Doctor Oscar Jaramillo Robledo, Director
de Educación e Investigación SES-HUC.

Noviembre de 2022

Recaigo en Agustín de Hipona, salvador de ignorantes, imitando su expresión sobre el tiempo, pero ahora aplicada al Maestro: “si me preguntan que define a un maestro no lo sé, si no me lo preguntan lo sé”. A los maestros es difícil definirlos, pero fácil reconocerlos. Nuestro Hospital tiene la certeza de que el doctor Antonio Duque Quintero, cirujano de niños, es un Maestro.

“Amo mucho a Platón, pero amo más a la verdad”, dicen que sentenció Aristóteles. Con la intención de ceñirme a tal principio, caminaré por los senderos de la vida del Maestro, siendo ecuánime con las virtudes que dan brillo, pero hacen la existencia fatigante, y justo con los pequeños defectos que algo deslucen, pero hacen más llevadera la vida. “Es que el alma del médico es apenas un alma de hombre”.

El nivel de desarrollo de las sociedades puede medirse por la atención que ellas prestan a los más débiles: los enfermos, los limitados físicos o mentales, los ancianos o a los desposeídos. Así, el valor social de un miembro de la comunidad queda bien tasado por su preocupación por el más perfecto y débil de los hombres: el niño. Solo apego al buen acto puede albergar el alma de aquel que muestra interés por prolongar y mejorar la vida de los niños.

La enseñanza es profesión suicida. Formamos a aquellos que más temprano que tarde nos sustituirán. De la falta de claridad en este asunto, nace en algunos la desconfianza por aquel que empieza y el celo por sus logros. Fue él quien en nuestra Escuela de Medicina impulsó a ‘los jóvenes’, que era su manera genérica de nombrarlos, a buscar fuentes externas de conocimiento para evitar la endogamia académica que termina produciendo adefesios de corta talla intelectual derivada de la suma de las taras.

Es consciente, como pocos, del valor de la experiencia y de que solo se logra a través del ejercicio permanente y la corrección cotidiana del error. Con bastón de tal catadura obligó a sus alumnos a una práctica clínica intensa, muchas veces agotadora, que lo hicieron objeto de críticas, a las que me uní alguna vez. Este tipo de ejercicio encuentra como una de sus mejores expresiones el, así bautizado, ‘encierro’, que exigía al estudiante, apenas iniciado en la clínica, una semana completa inmerso en el trabajo y el estudio, aislado del mundo exterior, sometido a las privaciones

¹ Cirujano de tórax, , director de Educación e Investigación SES-HUC.

personales, familiares y afectivas. Este enclaustramiento creo que nos enseñó algo de medicina, pero lo que sí hizo fue forjarnos el espíritu para afrontar los siguientes cincuenta años de lucha.

La capacidad de admirarse de las cosas que se nos presentan cada día como si fueran sucesos extraordinarios, y que a menudo lo son, ha sido la manera de su práctica. Podríamos recordar su lectura permanente de las mejores fuentes del conocimiento, la discusión cuidadosa de los aciertos y, en especial, de las complicaciones; el análisis detallado de cada paciente antes de la decisión quirúrgica que combina en la hoja del bisturí el corte salvador y el daño irreparable, y, en fin, su asistencia rutinaria y puntual a cada una de las sesiones, muchas fruto de su interés por la creación colectiva del conocimiento y que se han mantenido activas por años. Su ánimo de no dejar nada sin enseñar lo impulsó a registrar con su cámara todo aquello que podía ser de algún interés. Sus colecciones de imágenes todo lo contienen.

La autocrítica lo ha obligado a llevar registros detallados de todos sus pacientes, mucho antes de que la sistematización hiciera esta labor menos fatigante. Su famoso 'kárdex' nos privó de muchas tardes de los viernes, pero nos dejó una idea clara sobre lo que debe ser la práctica responsable. En su base de datos de papel, pudimos reencontrar aquellas historias clínicas que con los años quisimos recordar. Pero recordar en su verdadero sentido, *re cordis*, volver a pasar por el corazón. Es nítido para mí el caso de aquel niño que beneficiamos por primera vez de la nutrición parenteral total durante 60 días, por allá en marzo de 1978. El doctor Antonio con información reciente y con las cartas personales de Stanley J. Dudrick, el padre de la hiperalimentación; yo, con un enorme entusiasmo y una profunda ignorancia. Su estímulo me permitió divagar desde entonces por el bello mundo de la nutrición, y el profesor Duque no ha tenido reato para asistir como alumno a algunas revisiones sobre estos temas. Es que su alma de estudiante está a flor de piel y ninguno de nosotros mantiene, como él, a la mano, su libreta de apuntes, a la que todos llamábamos el 'portátil' del doctor Antonio, con letra impecable y orden envidiable, como si fuera a ser revisada por la más exigente de las maestras de escuela. Y viene al caso porque para él la escuela y el maestro han sido sus principales referentes. Sin duda, estas dos figuras representan la enseñanza de lo fundamental. Con frecuencia se lamenta de nuestras debilidades como escuelas y de que las universidades tienen quizás un buen número de profesores, pero pocos maestros. Existe la figura del exprofesor, pero es inconcebible la del exmaestro. El maestro siempre permanece y trasciende su propia existencia.

'Simposio' en griego significa beber juntos. Mezclado el vino en la crátera en las justas proporciones para encender las ideas sin hacer perder el buen juicio, el vino compartido dio origen a charlas que definieron el curso del pensamiento humano, tal como quedaron registradas en los *Diálogos de Platón*. No pocas veces, al calor de las bebidas espirituosas que lo liberaron de una timidez que en el doctor Duque es virtud, propuso las mejores ideas sobre cómo debería desarrollarse la vida académica, o la gremial, o la del ejercicio médico, o aquello que debía regir el destino de las instituciones. Testigo y, por supuesto, protagonista de algunos de estos simposios, doy fe de ello.

La práctica médica ceñida a los más altos mandatos de la ética ha sido su preocupación. Su asistencia durante años y años, fechas de descanso, días, noches, a nuestro servicio de recién nacidos a resolver las necesidades quirúrgicas de nuestros

niños, esquilmando sin reato tiempo a sus múltiples obligaciones y a su vida personal y familiar, es argumento que apoya el modo integral de su ejercicio.

Amigos comunes de Manuel Venegas Gallo y de Fabio Franco Posada, y ambos sus alumnos, aprendimos de ellos más sobre el ser personas, un tanto de ser médicos, pequeñísima cosa de ser artistas, pero lo que sí nos quedó claro fue la manera de rendir la amistad y el regalo de poder admirarnos de esas creaciones humanas que por fortuna son inútiles, pero alegran el espíritu y cambian la manera de ver el mundo. Los perdimos y no volvimos a ser los mismos.

Dijo Fernando González, el gran filósofo antioqueño: “Debemos aspirar a morir con cinco conocimientos, cuatro remordimientos, tres rencores, dos amores y un amigo”. La vida es benigna. Pone a nuestro lado aquel que nos ayuda a sobrellevar los fardos de la existencia, a alguien que nos aclare las nebulosas del diario discurrir, tenga para con nosotros la palabra conveniente para cada momento vital, nos ayude a pensar ceñidos a la realidad, combata en nosotros el engaño que nos hace ver como valioso aquello que es insustancial, y nos critique, siempre que así lo crea, de manera clara pero cariñosa. La vida ha sido generosa con el doctor Antonio al haberle permitido la compañía del doctor Norman Ramírez Yusti, su alumno, su profesor, su soporte, su consejero, su par académico, su confesor, su tutor, su crítico y, sobre todo, el amigo del que nos habla el filósofo de Otraparte.

La familia ha sido su núcleo existencial. Todos están aquí, incluidos los ausentes.

Cuentan que cuando el misionero quiso explicar a los indígenas del Nuevo Mundo el sagrado misterio de la Trinidad, tomó un trozo de tela y lo dobló en tres partes. Desde entonces los indios entendieron que, el Dios de los cristianos, era de paño. De manera similar, al osar penetrar en el alma del doctor Antonio, todo lo que he logrado entender, después de tanto divagar, es que él en su esencia es, sobre todas las cosas, lo que las gentes llaman ‘un hombre de bien’.

